

HERALDO DE MAZARRÓN

SEMANARIO INDEPENDIENTE

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Mazarrón un mes. 0'50 Pts
Fuera, trimestre. 2'00 "
Números sueltos. 0'10 "
Comunicados y reclamos a pre-
sencia convencionales.

DIRECTOR PROPIETARIO

Gabriel Lorca Navas

REDACCION Y ADMINISTRACION

SANTA BARBARA

Toda la correspondencia de-
berá dirigirse al director.
No se devuelven los ori-
ginales aun cuando no se
publiquen.

CRISTO

I.

Lúcido, sencilla, pero severa, caíale por el cuerpo enguido la túnica inconsútil.

Sobre la grey inverecunda de ramerías y publicanos, holló las cumbres más altas de la soberbia humana, enarcando sus brazos como un enorme arco iris sobre el torvo ceño de las tormentas.

Sus manos eran dos lirios del Cedrón.

Su cabellera hecha era de radiaciones y otros excelsos.

Su blonda barba irradiaba en sus mitades como haces de sol.

El infinito iba en sus ojos, y el infinito en su frente.

Era un faro en marcha por el camino de la vida.

Sus palabras eran marea de dulzuras cuando hablaba al desvalido, al desheredado, al pária y al ilota, idiotizados bajo la dorada sandalia del despota de corona, del precito de púrpura.

Las tempestades imponentes le acompañaban con sus terrificas sintonías, cuando lanzaba la parábola fulminante, la sentencia irrefutable, que chasqueaban como cuerdas de fuego en contra de seduceos y fariseos, ya en el pretorio, ya en el sanedrín, ya en la montaña ó en las márgenes del Tiberiades.

¡Y era humilde como un cordero del Galilad; y era humilde como una azucena del Carmelol!

Sobre el heno, en un establo, en Bethleem, nació para redimir á la humanidad, para cruzar la tierra ingrata, envuelto en una túnica modesta, sin más armas que el registro formidable de su parábola extramundana; para decir a opresores y oprimidos: «Ante mi Padre; todos son iguales», y orlar, en prenda

de rodención, como una corona mirífica, las cumbres del Gólgota, con los rabies de su sangre bendita

¡Y era humilde como una niveola de Jericó!

¡Y su planta había hollado las montañas más altas de la soberbia humana!

II.

En la hora novena del día, pisando Cristo el peldaño de los 33 años, la blanca Salem, la que había leñado el Libano y fatigado lomos de elefantes y camellos, para lavar los templos y mansiones al Uros Bueno, la casta Jesús, manchó su velo litúrgico con la sangre del hombre más justo y más sabio de la tierra.

El gran doctrinador murió en la culminancia de la cruz.

El sol recogió su lumbré en un espasmo de cólera, las tempestades recorrieron bravías los espacios; las estrellas dejaron sus sitios; cruzaron flamíferas los cielos, y fueron á perderse en el seno de nubes pallas, como ascuas irritadas en un mar de plomo; las leonas bramaron despavoridas en las negras cavernas, y la tierra toda sufrió coagoladas de muerte, cuando EL, como una inmensa cúpula, como el cimborio del Orbe, inclinó la cabeza en el postrer extertor agónico ..

III.

Sobre las ruinas se elevó un trofeo.

La humilde túnica, santificada por la púrpura de su sangre; ungida con el óleo de sus carnes, se elevó por cima de la cruz, como un arco iris de bonanza, como una bandera redentora

¡Oh, trazo; el más soberano por las carnes que herastal!

¡Oh sudario excelso que vas refrescando las cabezas azotadas por el temporal de la vida; trepidando sobre todas las hecatombes del mundo, sobre las testas deicidas, con la últi-

